

expresen la dignidad humana y sirvan de base a la convivencia pacífica y justa. «Ética civil», por tanto, que no puede definirse como antirreligiosa o anticristiana.

Todo ello implica —según Sanz de Diego— que los cristianos debemos plantearnos todos los problemas políticos desde una perspectiva moral, en conciencia, y de acuerdo con los valores básicos que defiende la Iglesia católica en su Moral política.

Esto supuesto, se pasa a tratar los temas específicos. En primer lugar, la dignidad humana como principio de la convivencia política (cap.XIII); la autoridad política y los partidos como elementos para la organización de la convivencia (cap.XIV); nación y nacionalismo (cap.XV); hacia la libertad religiosa y la tolerancia (cap.XVI); el sistema de relaciones Iglesia-Estado (cap.XVII); confesionalidad y laicidad (cap.XVIII); violencia, guerra y paz (cap.XIX); la comunidad internacional (cap.XX), y la educación correlativa (cap.XXI).

Finaliza la monografía con la exposición conclusiva de la participación de los cristianos en la vida pública (cap.XXII), que completa la exposición inicial de la dimensión política de la Moral política (cap.XII). Aquí se asientan los fundamentos de la participación política en la vida pública encontrándolos expresados en la *Gaudium et spes* (34-36 y 73-75); se recuerdan los Criterios —espléndidamente enunciados por Juan XXIII en la *Pacem in terris* (n.154-156)— para participar en la vida pública: tanto los negativos, cual no aceptar compromisos que puedan dañar la integridad de la fe o de la moral; como los positivos, la prudencia y la autoridad como competente. Se indican los deberes más señalados por el ministerio de la Iglesia, tanto en el campo de lo público, en general; como en la responsabilidad en las consultas políticas y en la militancia política, en la profesión desde las perspectivas de la vida pública. Más en concreto, se expone la actitud del cristiano ante los problemas del mundo y de todos, respetándose, eso sí, la opción personal del cristiano.

En todo caso, Sanz de Diego mantiene las siguientes afirmaciones (p.658s):

- la fe cristiana tiene una esencial dimensión pública;
 - nadie puede decir que ama a Dios si no ama al prójimo;
 - es imprescindible para un cristiano el compromiso público que tiene diversos planos y grados: familia, profesión, política;
 - la Iglesia la ve preocupada por la escasa proyección social de los católicos;
 - con todo, la Iglesia, una vez más, no concreta las obligaciones de cada uno.
- CARLOS CORRAL SALVADOR, S.J.

GASDA, ÉLIO ESTANISLAU, *Fe cristiana y sentido del trabajo* (San Pablo-Comillas, Madrid 2011), 260p., ISBN: 978-84-285-3776-6 y 978-84-8468-341-4.

Hay libros que es un placer leer el fin de semana. Sin duda, una de las mejores maneras de santificar y dar densidad al reducido descanso que tenemos es dejarse acompañar por un buen libro como el que aquí recensamos. El autor, jesuita y profesor de la Facultad de Filosofía y Teología de Belo Horizonte (Brasil), nos regala en unas páginas de un delicado y sobrio español, más propio de un vallisoletano

o un palentino que de un brasileño, una actualizada reflexión teológica sobre el trabajo en la nueva sociedad del conocimiento y de la información, de la globalización y de la flexibilidad. En estos tiempos de incertidumbre en que se ha nublado el optimismo técnico, científico y humanista de los cincuenta y sesenta del pasado siglo, en el marco del cual escribió Chenu la primera y más significativa teología del trabajo, se hacía necesario y urgente renovar esta área de la teología más allá de los espiritualismos privatistas que tanto ignoran los contextos económicos y políticos. El libro renueva las aguas profundas de la teología del trabajo acudiendo a las fuentes de la teología moral que señala el Concilio Vaticano II (GS 46). Los cinco primeros capítulos siguen en un orden escrupuloso la metodología conciliar. Se parte con una clarificadora presentación general del mundo del trabajo («El trabajo en el proceso de globalización»). El capítulo dos analiza el trabajo en la Biblia donde son especialmente sugerentes las claves teológicas sapienciales y la vinculación del trabajo al reino de Dios. El tercer capítulo realiza seis calas en la tradición y en la historia (Benito, Agustín, Tomás, Lutero, Calvino, Weber), mientras el capítulo cuarto se detiene en el Magisterio Pontificio desde la *Rerum novarum* de León XIII hasta la *Laborem exercens* de Juan Pablo II sin dejar de atender al contexto social y político en el que nacen los documentos magisteriales. El capítulo quinto describe sucintamente la teología del trabajo y el desafío que suponen los nuevos escenarios de globalización, precarización y liberalización.

Los capítulos seis y siete son, a nuestro modesto juicio, lo mejor del libro. Siguiendo el consejo conciliar de cultivar una teología moral con profundas raíces bíblicas y dogmáticas aborda, como en un díptico, la liturgia, memoria de la salvación, como fuente primordial de la teología. Esta memoria litúrgica de salvación-sanación tiene claras repercusiones en la praxis: es memoria del redentor y liberador (capítulo seis) y es memoria de la imagen de Dios en el hombre, de la creación como don, de la comunidad, de la fiesta y de la cristificación del tiempo (capítulo siete). Estas páginas son un auténtico filón y toda una invitación a la profundización en todos los que quieran realizar una profunda teología del trabajo a la altura de los tiempos.

Los dos capítulos finales se plantean las consecuencias de esta «memoria subversiva»: la centralidad de la solidaridad en el mundo del trabajo y su presencia en diversas iniciativas e instituciones actuales y, por otro lado, la necesidad de trabajar por un cambio cultural, una nueva economía y una nueva comprensión del trabajo. En estos tiempos de miedos y crisis económica, es alentador un libro que termina hablando de renovación y de libertad. Sin duda, el mundo del trabajo tanto en los orígenes de Israel como en la actualidad, es una de las realidades donde la libertad se siente más amenazada y más necesitada está de salvación-liberación. Agradecemos al profesor Élio Gasda ser memoria honda y crítica de esta dramática experiencia humana y de esta central iluminación de la revelación judeo-cristiana.—JAVIER DE LA TORRE.